

el Duque de Uceda, sobre los terrenos que ocupó la casa de Doña Juana de Austria; antes que la Capitanía, estuvieron establecidos en este edificio el Consejo Real de Castilla y el Consejo de Estado.

En la calle de Doña Bárbara de Braganza se encuentra el vasto Palacio de Justicia, donde se hallan bien instalados los Tribunales, con sus escribanías y demás dependencias y oficinas, pero cuyo edificio tiene poco interés bajo el punto de vista artístico. Lo más notable es la capilla.

Elegantísimo es el moderno palacio de la Bolsa de Comercio, edificado en la plaza de la Lealtad, según planos de Enrique María Repullés. Pertenece al estilo clásico y fué inaugurado en 1893; tiene un hermoso pórtico con gradería, sobre la que descansan seis esbeltísimas columnas estriadas, corintias, que sostienen la cornisa y frontispicio con reloj; hay una espaciosa sala para las contrataciones.

Uno de los más soberbios edificios modernos de la capital es el del «Banco de España», con fachadas en el Salón del Prado, en la calle de Alcalá y en la de Federico Madrazo, y precioso chanflán en la plaza de Castelar, frente a la Cibeles. Abraza una superficie de 8.385 metros cuadrados y su coste ascendió a 15 millones de pesetas. Su inauguración tuvo lugar en 3 de Marzo de 1891, y, los arquitectos que dirigieron la obra, fueron don Severiano Sainz de la Lastra y don Eduardo de Adaro y Magro. Este precioso palacio consta de dos cuerpos, el inferior de granito, en sus pisos bajos y entresuelo, y el superior de piedra marmórea de Alconera; ambos con relieves y esculturas de mármol de Carrara. La fachada del chanflán tiene, en el cuerpo inferior, una puerta entre dos columnas dóricas con basas y capiteles de mármol negro, y, en el superior, un espléndido balcón, entre dos pilastras con grutescos y arco de medio punto, sostenido por bellas columnitas corintias; sobre la esbelta cornisa álzase un delicioso grupo escultórico que representa a dos genios sosteniendo la esfera del reloj, rematando el todo una torrecilla. La fachada del Prado consta de tres cuerpos verticales: el del centro, con arco de medio punto y tres ingresos, con otros tantos balcones encima, uno central, de arco también de medio punto y dos laterales, adintelados, entre dobles columnas empostradas; el remate escultórico contiene las armas de España; los cuerpos laterales tienen, cada uno, trece huecos en cada planta, galería con arcadas en el piso principal, balaustrada sobre la cornisa y bonitos pabellones de ingreso en los extremos. El mismo orden sigue la fachada de la calle de Alcalá, que consta de un solo cuerpo vertical, flanqueado también por dos pabellones de ingreso, exactamente iguales a los de la otra fachada; se componen de tres cuerpos superpuestos: el primero, con puerta de arco de medio punto; el segundo, con balcón adintelado, entre dobles columnas corintias empostradas, y, el tercero, con otro balcón, con dos cariátides a cada lado. La fachada de la calle de Federico Madrazo es muy sencilla. Los trabajos de herrería son notables, sobresaliendo, entre ellos, las rejas de las puertas y los aparatos de alumbrado exterior. Hay, en el interior del edificio, un pasaje para los coches; un gran salón de juntas, que mide 40 por 11 metros y 14 de altura, y regias escaleras, dominando, en el conjunto, la sobriedad en los adornos. En los sótanos hay las cajas fuertes para resguardar los valores; en la planta baja están la mayoría de los Negociados y sus dependencias, salas para el público, grandes galerías y espaciosos patios, cubiertos de elegantes claraboyas; en el principal se hallan

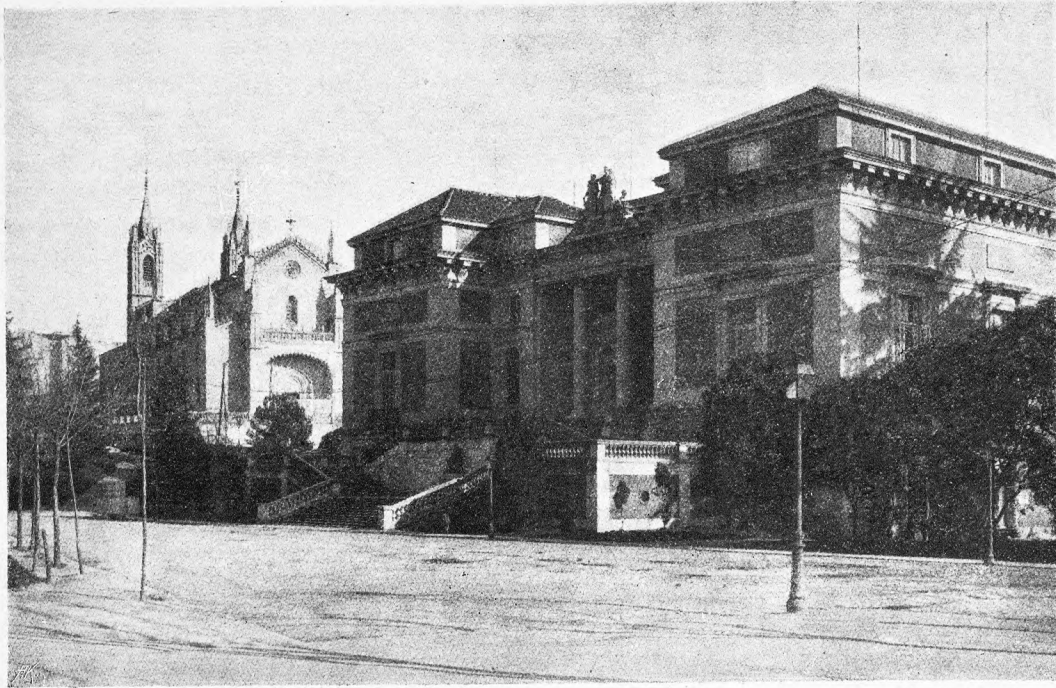
los despachos del Gobernador del Banco, del Consejo de Administración y de los altos empleados; el mencionado Salón de Juntas, y las oficinas de Intervención, y, en el piso segundo, hay habitaciones para empleados y dependientes. Llama la atención de un modo especial, por su grandeza, en este edificio, la soberbia escalera de mármol que arranca del vestíbulo de la parte del Prado; tiene 24 metros de altura y está flanqueada por anchas galerías, con ventanales y vidrieras de colores, construídas en Munich, según cartones españoles, cuyo coste ascendió a la cantidad de 60,000 pesetas.

También es moderno y suntuoso el palacio construído por la Sociedad de Seguros «La Equitativa», situado en el ángulo que forma el lado derecho de la calle de Sevilla con la de Alcalá. Los materiales empleados en la construcción fueron elegidos entre los mejores. Consta de dos cuerpos, compuestos: el inferior, de planta baja y entresuelo, con elevados arcos de medio punto, que cojen las dos plantas, y, el superior, de los pisos principal, segundo y tercero, con profusión de huecos. En la esquina, uniendo las dos fachadas, se levanta una rotonda de tres cuerpos: el inferior sigue el mismo orden que las demás caras del edificio; en el segundo se abre una hornacina, con la estatua de la Protección, al centro de un airoso balconaje; flanquean la hornacina cuatro elevadísimas columnas, con capiteles y basas de bronce, que sostienen el balcón del último piso; el tercer cuerpo se compone de una elegantísima y atrevida torre con reloj, cuya esfera se halla entre dos estatuas de cobre dorado; rodea la torre una galería con graciosa barandilla y la remata un minarete cubierto por una cúpula arabesca, sostenida por seis ligeras columnillas. El interior del palacio está puesto con extraordinaria riqueza, hermanada con el buen gusto.

Otro edificio de la misma índole, propiedad de «La Unión» y «El Fénix Español», se levanta en el ángulo de la calle de Alcalá con la Gran Vía. Ambas fachadas son iguales y constan de tres cuerpos: el primero, de planta baja y entresuelo; el segundo, comprendiendo dos pisos, y, el tercero, un piso y buhardilla. La mayor suntuosidad se desarrolla en la espléndida rotonda, que se levanta en el vértice del ángulo. Sobre las elevadas aberturas del primer cuerpo, que siguen el mismo orden que las fachadas, álzase cuatro pilastras, con dobles columnas corintias, que cogen la altura de los dos pisos principal y primero, en cada uno de los cuales se abren tres balcones entre dichas pilastras, sosteniendo, éstas, una esbelta cornisa, sobre la cual se asientan el último piso y la preciosa cúpula. Esta parte del edificio es de una esplendidez estupenda: sobre la misma línea vertical de las citadas pilastras descansan colosales grupos escultóricos, entre los cuales se abren las ventanas del piso más alto; otro grupo alegórico se desarrolla sobre la última cornisa de la rotonda, la cual se halla cubierta por una cúpula de estilo francés, de extrema elegancia, rematada por otro espléndido grupo escultórico de bronce. El interior del edificio corresponde a la belleza y opulencia del exterior.

En un alto, situado a la derecha del Hipódromo, al extremo N. de la Castellana, levántase el soberbio Palacio de Exposiciones, rodeado de jardines, con magníficas avenidas hasta su entrada. El área que ocupa mide 16,000 metros cuadrados y afecta la forma rectangular, cuya longitud es de 200 metros. En la fachada principal se destaca un cuerpo arquitectónico, con una galería de 26 arcos de

medio punto, flanqueado por dos bellos pabellones, con una colosal arcada. El cuerpo central, más avanzado, tiene también una gran arcada, guarnecida de una arquivolta, y la flanquean dos grupos de pilastras, que aguantan la cornisa y el ático que la remata. Las demás fachadas están dispuestas por el mismo orden, destacándose, en la posterior, un hemicyclo poligonal. Entrando en el edificio se admira la grandiosidad de su disposición: columnas de hierro sostienen la techumbre, dividiéndose, el cuerpo



Museo del Prado e Iglesia de los Jerónimos

principal, por una amplia crujía, en tres naves extendidas de E. a O.; encuéntrase primero el vestíbulo de honor, con magníficas escaleras a los lados; luego el primer salón de exposiciones, comunicándose con otros dos y con la inmensa sala central, flanqueada por dos patios, sobre la cual su eleva la cúpula octógona que corona el edificio. Existe, además, un gran salón de fiestas, que se comunica con otros dos, iguales a los de la fachada principal, y otras tres grandes salas destinadas a Bellas Artes. La planta subterránea está cruzada por un túnel, que atraviesa el edificio de N. a S.

Recientemente se ha inaugurado al servicio, sin que todavía esté completamente terminado, el suntuoso Palacio de Correos, donde se hallan establecidas las oficinas centrales. Alzase en el ángulo SE. de la plaza de Castelar, y su arquitectura no pertenece a ningún estilo definido, correspondiendo a este gusto moderno, que aprovecha lo conocido, para modificarlo y revolverlo, con el afán febril de crear cosas nuevas. Este inmenso edificio, uno de los mejores que, en su género, existen en Europa, reúne a la grandeza, la hermosura y la utilidad; habiéndose principalmente tenido en cuenta, en su construcción, el fin práctico para el cual está destinado.

De modesta arquitectura es el edificio donde se halla la Universidad Central. Sencilla la fachada, sencillo el interior, poco hay que decir en lo que se refiere a la parte artística. Hállase en la calle de San Bernardo, y posee un hermoso jardín botánico. Comprende las facultades de Derecho, de Filosofía y Letras, de Ciencias, de Medicina y de Farmacia, y Escuela del Notariado. Hay también Observatorio Astronómico y Gabinete de Historia Natural.

Tarea interminable sería la descripción de todos los

edificios públicos y de propiedad particular que en Madrid se distinguen por su arquitectura o por las bellezas que poseen, aunque nos ciñéramos a la forma abreviada y somera, con que lo hemos venido haciendo. En las secciones respectivas, nos ocuparemos de algunos de estos edificios notabilísimos, en los que se encierran museos o bibliotecas, o están destinados a beneficencia o a espectáculos públicos.

Para cerrar esta sección, nos limitaremos a nombrar algunos de los muchos palacios particulares y edificios notables que restan todavía en Madrid. Palacios: del Marqués de Portugalete, en las calles de Alcalá y Reina Mercedes; del Duque de Medinaceli, en la plaza de Colón; del Duque de Villahermosa, en la plaza de las Cortes; del Duque de Liria, en la calle de la Princesa; del Marqués de Casa Riera, en la calle de Alcalá; del Marqués de Cerralbo, en la calle de Ventura Rodríguez; del Marqués de Salamanca, en la plaza de Colón y Ronda de Recoletos; Episcopal, en la calle de San Justo; de Altamira, en la calle de San Bernardo; del Infantado, en la cuesta de Javalquinto; de Murga, en el Paseo de Recoletos y calle de Alcalá; de Indo, en la Castellana y calle de Fortuny; el que fué de Anglada, en la Castellana y calle de Serrano; el de Xifré, en el Paseo

del Prado, etc., etc. Edificios: del Casino de Madrid, en la calle de Alcalá; de la Diputación Provincial, en la plaza de Santiago; de la Escuela Modelo Municipal, en la plaza del Dos de Mayo; del Observatorio Astronómico, en la calle de Alfonso XII; del Banco Hispano-Americano, en la calle de Sevilla, etc., etc.

Museos, archivos y bibliotecas.—La extraordinaria importancia del Museo Nacional de Pintura y Escultura, situado en el Paseo del Prado, nos obliga a comenzar por él esta relación. El actual edificio, que mandó construir Carlos III, se debe a Juan de Villanueva, siendo, en su origen, destinado a Museo de Ciencias Naturales. Después de la invasión francesa quedó sumamente deteriorado, mandándole restaurar Fernando VII, e inaugurándose, como Museo de Pintura y Escultura, en 1819. La planta es paralelograma y mide 162'22 metros de longitud y 21 de anchura. Forma la fachada principal, que mira al Prado, una enorme galería con dos cuerpos avanzados y un precioso peristilo dórico, también saliente, en el centro. Este peristilo está compuesto por seis majestuosas columnas, de la altura de las dos galerías, que sostienen una sencilla cornisa, sobre la que descansa un ático, cuyo frontón tiene un delicioso relieve de mármol, de estilo clásico. La galería baja consta de 14 arcos de medio punto y cuatro adintelados, y la alta, de 28 columnas jónicas, sobre las cuales corre la cornisa con modillones. La fachada del S. tiene un solo cuerpo con seis columnas corintias estriadas, de muy bellas proporciones. La fachada N., que es la que tiene la entrada habitual, lanza una espléndida escalinata, recientemente construida, por donde se asciende a la altura del piso principal, en un precioso pórtico, sostenido por dos columnas y dos pilastras jónicas, sobre cuya cornisa se eleva un

hermoso grupo escultórico. La puerta está flanqueada por hornacinas con estatuas.

La riqueza artística que encierra este edificio es estu-
penda; su pinacoteca está considerada por propios y ex-
traños como la primera del mundo, y, aunque muy reducida
y desde luego inferior a la de los grandes museos euro-
peos, también tiene alguna importancia su sección de
escultura. Los grandes pintores españoles y especialmente
Velázquez, Murillo, Ribera y Goya, no pueden ser estudia-
dos en ninguna parte como en este museo, y, algunos
extranjeros, entre ellos El Ticiano, que fué pintor de la
Corte en la época de Carlos V, tampoco pueden conocerse
en todas las fases de su desarrollo artístico, sin visitar
detenidamente esas galerías del Prado, donde es tan abun-
dante y variado el número de sus obras.

En el piso principal, por donde se entra en el Museo,
están las salas especiales de Velázquez, Murillo y Ribera;
la galería de retratos; algunas secciones de los más emi-
nentes artistas extranjeros, en la gran galería y en otras
salas, y una rotonda, con varios cuadros de escuelas
españolas.

En los bajos se encuentran los cartones y dibujos de
Goya, la sala de los primitivos y la sección de escultura; y
en el segundo piso hay una gran variedad de cuadros de
pintores españoles e italianos.

Por ser frecuente el cambio de disposición de estas
secciones y de la colocación de las obras expuestas, al hablar
de estas últimas, prescindiremos de la indicación del lugar
que ocupan en el Museo.

Actualmente están efectuándose ampliaciones y refor-
mas en el hermoso edificio de Juan de Villanueva, para
salvar las deficiencias que tiene como museo de arte. Todo
es inútil; el objeto para que se construyó este palacio era
muy diverso del de su presente utilidad, y es necesario, si
se quiere disponer de un local adecuado a la importancia
del tesoro artístico que encierra el Museo del Prado, que se
construya un edificio *ad hoc*, cuya capacidad, luz y dispo-
sición, permitan admirar debidamente los numerosísimos
y valiosos objetos, que se hallan actualmente en pésimas
condiciones.

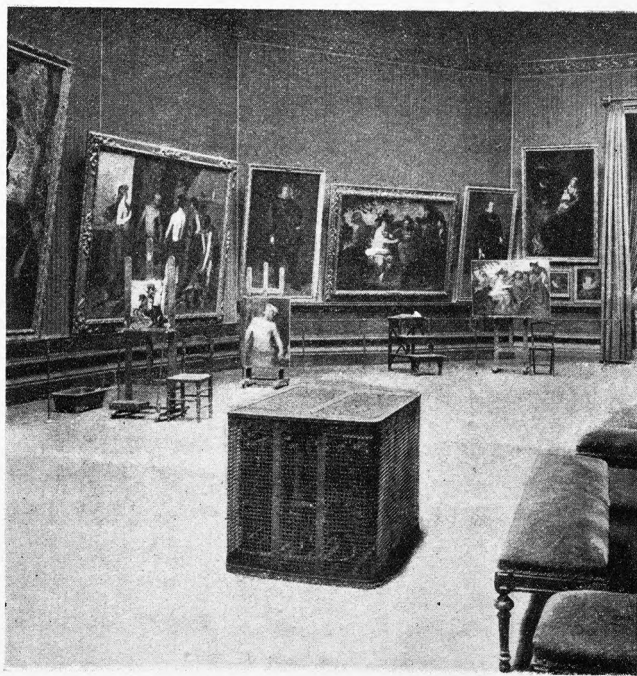
La colección de cuadros de Velázquez, comprobada-
mente auténticos, asciende a unas 60 piezas, y en ella están
comprendidas todas las obras maestras de este gran artista,
que figura en primera línea entre cuantos han existido.
Nadie le igualó en la exacta visión de las cosas y de las
personas que reprodujo en el lienzo; sus cuadros son verda-
deras maravillas de un realismo sano, en los que palpita la
vida de los personajes en ellos representados; la sinceridad,
la verdad, son las cualidades salientes del gran maestro.
Este realismo está en pugna con algunos asuntos mito-
lógicos y cristianos, que reclaman su parte al idealismo,
pero, en algún caso, Velázquez sabe también idealizar,
dándonos de ello una gallarda muestra en su «Cristo», del
que ha dicho un gran orador español, que es una instan-
tánea tomada al pie del Calvario.

Entre los cuadros de Velázquez que más poderosa-
mente llaman la atención en el Museo del Prado, figuran:
el de «Las Lanzas», en el que se representa la rendición de
la plaza de Breda; el de «Las Meninas», en el que el artista
puso su auto-retrato de cuerpo entero; el de «Las Hilan-
deras», reproducción de la antigua fábrica de Tapices de
Madrid; el de «La Fragua de Vulcano»; el de «Los Borra-
chos»; el de «La Coronación de la Virgen»; los retratos

ecuestres de Felipe IV, del Príncipe Baltasar Carlos y
del Conde-Duque de Olivares; otros retratos de Felipe IV,
de elegantísima apostura; los del «Bobo de Coria» y de
varios bufones cortesanos; el retrato del escultor Monta-
ñés; San Antonio Abad visitando a San Pablo; el dios
Marte, Esopo, Menipo, etc., etc. (73).

No es menos extensa la colección de cuadros de Muri-
llo, aunque, desgraciadamente, muchas obras importantí-
simas de este insigne artista sevillano están esparcidas por
los museos extranjeros y las colecciones particulares de
Inglaterra y de los Estados Unidos.

Podemos, sin embargo, juzgar de la obra colosal de
Murillo por lo que hay en el Prado. Un cuadro sobre todos
atrae la atención de los inteligentes observadores; es el que
representa a Santa Isabel, reina de Hungría, curando a los
mendigos ulcerados. El contraste que ofrece la visión de
las llagas vivas, en los cuerpos míseros y atormentados de
los enfermos, y de la imagen ideal, angélica, sublime, de la
Santa Reina, cuyas manos suaves limpian la repugnante
herida, produce una impresión imborrable, subyugante.
La nota que domina en la obra de Murillo es la dulzura; el
lienzo llamado «Los Niños de la Concha», las célebres
«Purísimas», entre las cuales se destacan las que se cono-
cen por «La Morena» y «La Rubia» y otra preciosísima
de medio cuerpo, nos dan idea exacta del temperamento
delicado y espiritualista de su autor. De los otros cuadros
sobresalen: los dos «Medios Puntos», «La Crucifixión de
San Andrés», «La Porciúncula», «La adoración de los
Pastores», «San Juan Bautista niño», «San Francisco de
Paula», «La Ascensión de Nuestro Señor», «La Sagrada
Familia del Pajarillo», «Santa Ana y la Virgen», etc., etc.



Museo del Prado.—Sala de Velázquez

Ribera, conocido en Italia por «L' Espagnoletto», está
también representado por gran número de sus obras
culminantes. El fundador de la llamada «escuela napoli-
tana» se nos presenta con toda su fuerza en el cuadro del
«Martirio de San Bartolomé». Las carnes desnudas y

(73) No siendo posible, por impedirlo el espacio de que disponemos, dar una
idea detallada de las muchas preciosidades contenidas en este Museo, nos limitamos
a mencionar algunas de las más salientes de los principales artistas representados
en él; recomendando a los lectores que quieran tener noticia exacta de los cuadros
de que se compone tan importante pinacoteca, el catálogo confeccionado por
Madrazo, que se expende en la portería del propio Museo.

torturadas del Santo, su actitud absorta, dominada por un ideal que le hace insensible al sufrimiento; esta victoria del espíritu, que flota sobre la materia, presentada con toda la crudeza de un realismo truculento, parecen ser el símbolo del arte clásico de España. Las mismas cualidades se observan en «La Santísima Trinidad», cuadro maravilloso de extraordinaria fuerza y valentía; en «La Magdalena en el Desierto», en «La Escala de Jacob», en el «Prometeo», en el «San Pedro», en «La Bendición de Isaac», en casi todas las obras de este pintor eminente.

Theotocópuli, el genial artista candiota, conocido por «El Greco», que, después de su acabado estudio de la escuela veneciana, funda en Toledo su escuela propia, también ofrece notables ejemplares de su arte inimitable en las galerías del Prado. Además de algunos cuadros de su estilo chocante, desdibujado y agrio, tiene algunos de sus retratos imponderables, entre los cuales se destaca «El hombre de la mano en el pecho».

Goya, el revolucionario Goya, nos ofrece casi toda su obra portentosa. En el retrato descuella con el cuadro de gran tamaño representando «La familia de Carlos IV»; en su «Maja desnuda» nos revela el afán de dominar todos los géneros; en sus cartones para tapices se nos ofrece como estupendo colorista, excelente dibujante y compositor valiente. En esta faz de su obra raya nuestro gran pintor aragonés a una altura insuperable; «La Boda», «La Era», «El Militar y la Señora», «Los Zancos», «El Pelele», «El Columpio», «La riña a garrotazos», «La Corneta», «El Baile de la Florida», «El Juego de Pelota», «Las Mozas del Cántaro», «La Gallina Ciega», «El Quitasol», «La Acerola», «La riña en Venta Nueva», «El Muchacho del pájaro», «El Cacharrero», «La Feria de Madrid», «La Nevada», «La Merienda», y especialmente «La Vendimia», nos dan idea exacta del exquisito gusto del arte decorativo de Goya. Lúgubre, terrorífico, espeluznante, se nos presenta con su cuadro representativo del fusilamiento en masa efectuado por los franceses en Madrid el día 3 de Mayo de 1808; y, en sus dibujos y grabados, hallamos los signos indubitables de un temperamento inquieto, voluntarioso y original, que ha dado cierta inconexión, cierto desequilibrio, al conjunto de su magna obra.

Del místico Zurbarán hay un «San Pedro Nolasco» y «Santa Casilda», esta última vestida con un traje de preciosa seda. De Alonso Cano sobresalen una «Virgen con el Niño», de incomparable dulzura; un «Cristo en la Cruz», modelo de perfección; los «Reyes Godos», «San Benito», «La Virgen y Jesús muerto» y algún otro; de Morales (El Divino), un «Ecce Homo»; de Juan de Juanes, «La Cena», tabla de extraordinario mérito, y un «Descendimiento de la Cruz»; de Claudio Coello, un «Asunto Místico»; de Pereda, un «San Jerónimo»; de Navarrete, «El Bautismo del Señor»; algunos retratos preciosos de Pantoja, Sánchez Coello, Carreño y López, y varios cuadros notables de Correa, Gallegos, Berruguete, Antolínez, Parejo, Carducho, Palomino, Mazo, Ribalta, Roelas, Moya, Cerezo, Cabazalero, Caxés, Herrera, Mayno, Bayeu, Orrente, Pacheco y otros.

Los artistas extranjeros también ocupan una gran parte del Museo. De Rafael hay los notabilísimos lienzos del «Pasma de Sicilia», «La Virgen del Pez», «La Virgen de la Rosa» y «La Visitación», y las tablas de «La Sacra Familia del Lagarto», «Sacra Familia de la Perla» y «Retrato de un Cardenal». Del Ticiano hay una colección nu-

merosísima; citaremos el «Retrato ecuestre de Carlos V», «Retrato en pie de Felipe II», el «Cuadro de la Gloria», «Venus y la Música», «Venus y el Amor», «Dánae recibiendo la lluvia de oro», «Salomé con la cabeza del Bautista», «La Religión defendida por España», «Bacanal», «Ofrenda a Venus», «Prometeo», «Adán y Eva», etc. De Tintoretto, descuellan la «Batalla de Mar y Tierra», «La Purificación de las Vírgenes Medianitas», «Judith y Olofernes», «José y la mujer de Putifar», «La Magdalena» y algunos retratos. Del Veronés, «Susana y los dos Jueces», «Jesús en las Bodas de Canaá», «Moisés salvado del Nilo», «Venus y Adonis», «Jesús y el Centurión» y «La Juventud entre el Vicio y la Virtud». Del Correggio, la preciosa tabla de Jesús y la Magdalena «Noli me tangere». De Guido Reni, «San Sebastián», «La Virgen de la Silla» y muchos otros. De Bassano, «La Cena» y «Moisés y su Pueblo». «El Sacrificio de Abrahám», de Dominiquino; «Jesús atado a la Columna», de Miguel Angel; «Sagrada Familia», de Julio Romano, y numerosísimos lienzos de otros pintores italianos: El Giorgione, Sebastián del Piombo, Andrea del Sarto, El Bronzino, Pordenone, Lotto, Carracci, Palma el Viejo, Parmigiano, Tiepolo, etc., etc.

De los primitivos italianos solo hay dos ejemplares: un retablo de Fray Angélico y «La Muerte de la Virgen», de Mantegna.

Y no se puede terminar la relación de cuadros de la sección italiana, sin llamar la atención de un modo especial sobre una tabla atribuida a Leonardo de Vinci, casi igual a la «Gioconda» del Louvre, pero en mejor estado de conservación. Caso de ser una copia, como suponen algunos inteligentes, sería debida a uno de los artistas más eminentes de su tiempo, y desde luego no es una copia servil; lo que induce a creer que muy bien podría ser una repetición del propio Leonardo.

Las escuelas de los Países Bajos están representadas con verdadera esplendidez. De Rubens hay más de 60 cuadros, entre los que descuellan: «La Adoración de los Magos», «Las Tres Gracias», «El Castillo de Emaus», «Los Doce Apóstoles», «La Serpiente de Metal», «La Vía láctea», «El Juicio de París», «El Jardín del Amor», «Diana y Calixto», «El rapto de Europa», «Danzas campesinas», etc. De Van Dick, hay 21 lienzos de diversas épocas, algunos de los cuales figuran entre sus más famosas producciones: «Retratos de medio cuerpo del autor y del Conde de Bristol», «La Duquesa de Oxford», «Retrato del Pintor David Richat», «Jesús preso en el huerto», etc. De Rembrandt, se destaca el cuadro de «La Reina Artemisa»; de Jordaens, «Los Desposorios de Santa Catalina de Alejandría» y «Escena de familia en un jardín»; de Moro, un «Retrato de la Reina de Inglaterra»; de Teniers, «Un Vivac», «La graciosa Fregatriz», «El Rey bebe», etc. (la colección de este artista es numerosísima); de Vouwermans, «Caza de liebres», y muchos otros de notables pintores flamencos.

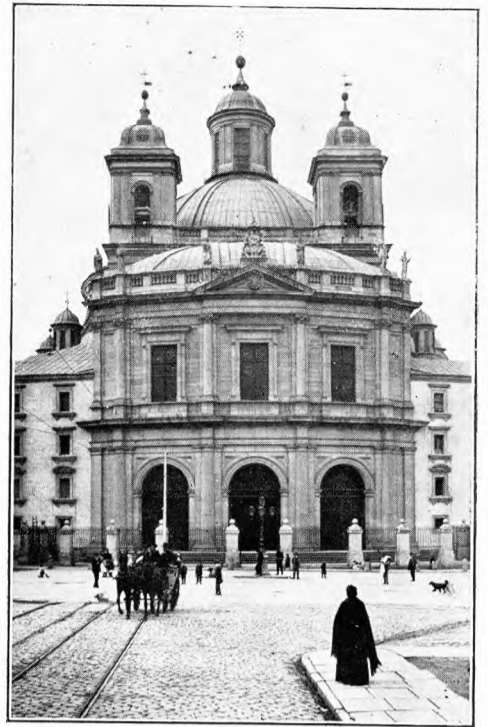
De los anteriores al 1500 existe una verdadera riqueza. Destácanse las tablas: de Van Eyck, «El Salvador, la Virgen y San Juan Bautista» y «Triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga»; de Van der Weyden, «La Crucifixión», y otras seis, todas excelentes; de Memling, «La Adoración de los Reyes» (tríptico); de Patinir, «Descanso de la Santa Familia»; de Miguel Coxcyen, «Copia del Descendimiento, de Van der Weyden», cuyo original se encuentra en El Escorial; de Brueghel el Viejo, «El triunfo de la muerte»;



LAS CALATRAVAS



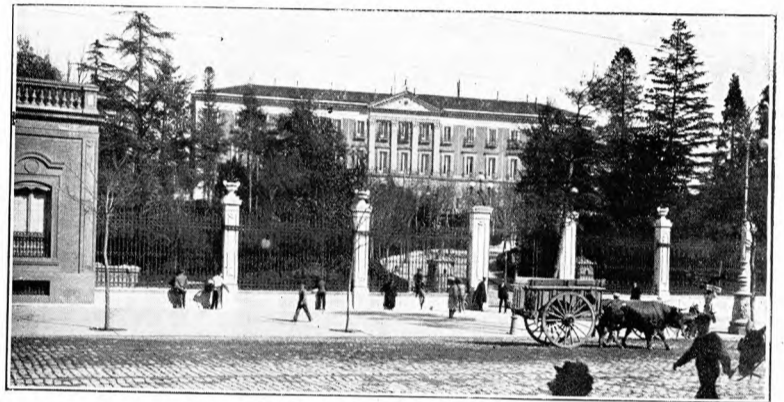
INTERIOR DE SAN FRANCISCO EL GRANDE



SAN FRANCISCO EL GRANDE



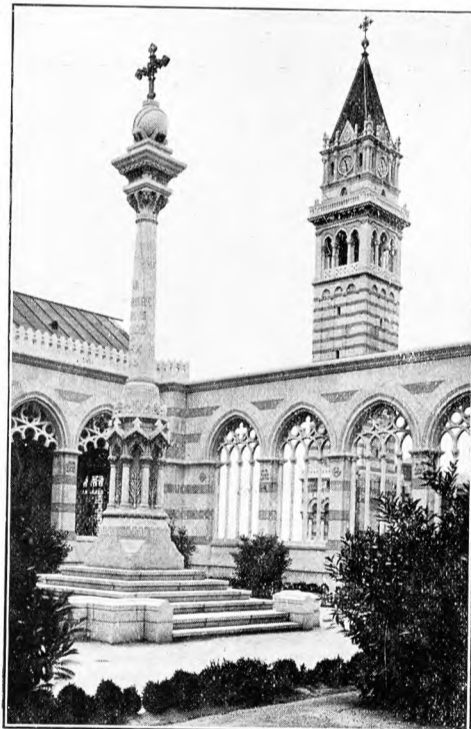
MINISTERIO DE FOMENTO



MINISTERIO DE LA GUERRA



BIBLIOTECA NACIONAL



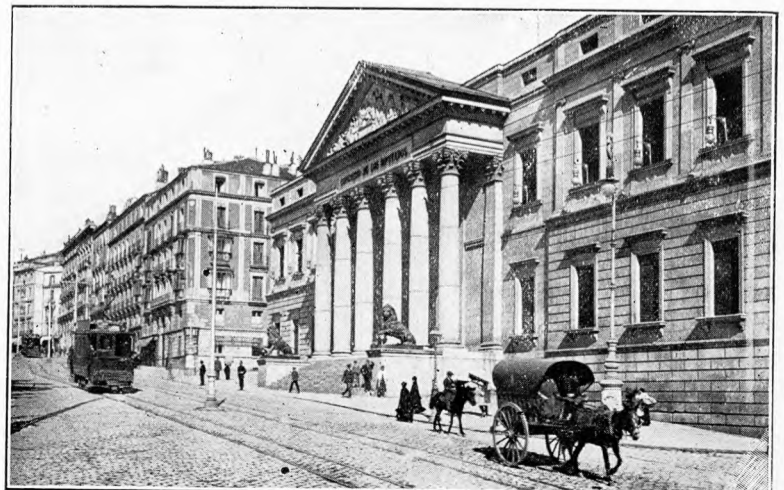
PANTEÓN DE ATOCHA



EL AYUNTAMIENTO



MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN



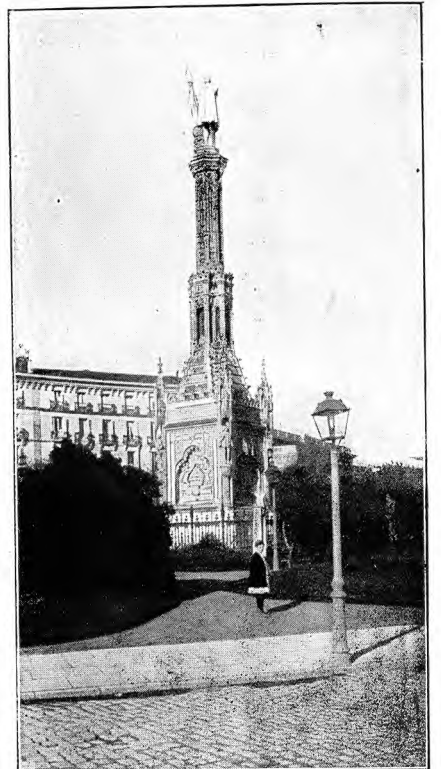
EL CONGRESO



ESTATUA DE CARLOS IV



LA CIBELES



MONUMENTO A COLÓN



ESTATUA DE LOPE DE VEGA



PUERTA DE ALCALÁ



MONUMENTO A ISABEL CATÓLICA



PUERTA DE TOLEDO



ESTATUA DE MARTÍNEZ CAMPOS



FUENTE DE NEPTUNO



ESTATUA DE QUEVEDO

de Juan Massys, «El Salvador», y otras de P. Cristus, Bosch, Marinus, H. de Bles, etc.

El arte germánico solo cuenta con algunos ejemplares en el Prado, pero son notabilísimos, sobresaliendo los del gran Alberto Durero: su auto-retrato, un «Adán y Eva», y otro retrato, todos en tabla.

De los pintores franceses hay muchos cuadros, aunque muy pocos entre ellos tienen extraordinario mérito. Figuran, sin embargo, casi todos los principales maestros de Francia: Poussin, Lorrain, Mignard, Rigaud, Nattier, Largillière, Callet, Lancret, Courtois, Ranc, Beaubrun, etc.

Este tesoro del Prado comprende las colecciones de cuadros reunidos por Carlos V, acrecidas por Felipe II y Felipe IV, que fueron muy amantes de las artes y decididos protectores de los artistas. Los cuadros franceses fueron aportados por Felipe V. También Fernando VII recogió los cuadros de todos los Palacios Reales, para enriquecer el Museo; al que, además, se agregaron todos los lienzos del «Museo Nacional de la Trinidad», con las tablas góticas tomadas a los conventos en 1846.

La sección de escultura se compone principalmente de la colección formada en Roma por Cristina de Suecia, traída a España por la esposa de Felipe V, Isabel Farnesio. Entre las esculturas griegas son de notar especialmente «Un sátiro con un cabrito», «La Venus de Madrid», «Hipnos», «Ganimedes», «Diadumenos», «Demóstenes», «Antínoo», y dos jabalíes en alto relieve. Entre las romanas llaman la atención varios bustos y estatuas de emperadores; algunas figuras mitológicas y los relieves que representan las bodas y la muerte de Aquiles.

Hay, además, algunas esculturas de la época del Renacimiento, entre las que descuellan el célebre busto de Carlos V, ejecutado por Pompeyo Leoni; un Niño Jesús durmiendo; un grupo de niños jugando, y un Crucifijo.

Colocados en vitrinas, pueden admirarse también, vasos de cristal tallado, con esmaltes y camafeos; modelos de arquitectura, y miniaturas sobre plancha de marfil.

Al describir el Palacio Real hemos hablado de la Armería, indicando el lugar que ocupa en la plaza de su nombre. Su importancia, como museo histórico, artístico y arqueológico, es tan grande, que creemos necesario concederle algún espacio, enumerando las principales piezas que contiene.

La Armería Real se compone de una sala única de grandes proporciones, pero insuficiente para que los numerosos objetos en ella reunidos puedan avalorarse con la colocación. Adolece, por lo tanto, de cierto hacinamiento forzoso, que solo han logrado contrarrestar, en parte, la inteligencia y buen gusto de los directores de la instalación.

Durante la guerra de la Independencia sufrió mucho esta armería, no solo de parte de los invasores, sino también porque el pueblo, que contribuyó con gran ardor a la resistencia, se apoderó de aquellas armas que podían prestarle utilidad. Además, hace algunos años, sufrió un incendio que la perjudicó muchísimo; apesar de lo cual, continúa siendo la más nutrida y rica colección que existe en su género.

La disposición general de la sala es como sigue: En los muros vense hermosos tapices flamencos; grupos con banderas de antiguos tercios españoles o tomadas al enemigo; vitrinas adosadas, con cascos, yelmos, capacetes, piezas de armaduras, rodela, escudos y riquísima colec-

ción de ballestas, espadas y armas de fuego, desde su origen hasta nuestros días. En el testero del salón aparece la tienda de campaña tomada a Francisco I de Francia en la batalla de Pavía, donde dicho monarca cayó prisionero de Carlos V. Esta tienda es de valiosos tejidos orientales. Todo el resto de la gran sala está completamente ocupado con grupos de armaduras de a pie y de a caballo, arneses, picas y lanzas, con alguna vitrina central, donde están instaladas las más ricas piezas.

Por su valor o importancia artística e histórica, destacan los siguientes objetos: Armadura de Alfonso V de Aragón y I de Sicilia; camisote y bragas de malla, con calzas de gamuza y celada negra descubierta.

Armadura completa del elector de Sajonia, hecho prisionero por Carlos V en la batalla de Mulberg (1547); es sencilla y de formas abultadas.

Media armadura del condestable de Castilla don Iñigo Fernández de Velasco.

Media armadura hecha en Bruselas por Jaques Vois, perteneciente al Cardenal Infante, hermano de Felipe IV, gobernador de los Países Bajos. Este cardenal, más propio para empuñar la espada que para vestir la púrpura, derrotó, al frente de 15.000 infantes y 3.000 caballos, al ejército sueco, mandado por el Duque de Weymar, en Norlinga.

Media armadura, con peto a prueba de mosquete, y con manoplas, de Felipe III. Es pavonada y nielada con alambre de plata, y tiene una Virgen de plata sobredorada en el peto. Durante mucho tiempo fué falsamente atribuida al Cardenal Cisneros.

Media armadura de Diego García de Paredes, famoso guerrero que peleó en las huestes del Gran Capitán. Por su gran fuerza se le conoció con los nombres de *Sansón de Extremadura* y *Hércules de España*.

Armadura completa, alemana, del emperador Carlos V, con un Rey arrodillado ante un Crucifijo, en el peto.

Media armadura de Juan Arias de Ávila, primer Conde de Puñonrostro.

Media armadura a prueba de arcabuz del Conde de Niebla, quien la regaló a Felipe III en 1608. En la borgoñota, peto, espaldar y gorjal, tiene tiras repujadas con adornos del Renacimiento.

Media armadura florentina de niño, con preciosos repujados y nielados de oro. Está completamente llena de asuntos históricos, alegorías, grutescos, mascarones y trofeos decorativos. La regaló el Duque de Osuna a Felipe III siendo príncipe.

Otras medias armaduras de niño, también de gran mérito artístico, entre las cuales hay seis que fueron ejecutadas en Pamplona por mandato de Felipe III, para su uso y el de los príncipes Don Carlos y Don Fernando.

Armadura completa, elegantísima, del Marqués de Pescara, famoso por sus campañas de Italia. Tiene grabados y decorados.

Magnífica media armadura del insigne poeta toledano y valiente capitán, Garcilaso de la Vega. Tiene peto volante con una Virgen, y en el espaldar, Santa Clara; el crestón de la celada tiene la figura de un dragón repujado, grabado y decorado, que abraza toda la pieza con sus garras.

Preciosa media armadura de Alfonso de Avalos, sobrino del Marqués de Pescara. Hay dos imágenes, una en el peto y otra en el espaldar; en el yelmo, y por encima de la sobrevista, tiene una cabeza de monstruo dorada.